

EXTRACTO DEL LIBRO: "LIBRO DEL ÉXITO" DE FABIO LACOLLA

CAIPULO 5

EL ÉXITO Y LA FELICIDAD

Se entiende por felicidad esa sensación de plenitud, paz y serenidad que lleva de alegría el interior del ser humano y que para muchos parece inalcanzable. En filosofía se considera a la felicidad como un bien supremo y se la define como equivalente a la obtención de ciertos bienes. Por ejemplo, Aristóteles ha manifestado que la felicidad ha sido identificada con muy diversos bienes: con la virtud, con la sabiduría práctica, con la sabiduría filosófica, o con todas ellas acompañadas no de placer. Sin embargo, no cualquier cosa nos conduce a la felicidad, ante todo porque es un estado y no un modo de existencia: *estar* feliz y no *ser* feliz. El hecho de ser un estado hace las intensidades que la felicidad acarrea tenga sus merecidos intervalos. No hay cuerpo que soporte un estado de felicidad permanente, un modo de existencia feliz. El concepto de felicidad es vacío a menos que se lo llene con los bienes que la producen.

Aristóteles diferencia la felicidad del placer, ya que el placer no es una actividad sino una sensación que acompaña ciertas actividades consideradas placenteras. Puesto que la felicidad es aquello que acompaña la realización del fin propio de cada ser vivo, la felicidad que le corresponde al hombre es la que le sobrevive cuando realiza la actividad que le es más propia y cuando la realiza de un modo perfecto. Es más propio del hombre el alma que el cuerpo; por lo tanto, la felicidad humana tiene que ver más con la actividad del alma, que con la del cuerpo, y de las actividades del alma con aquellas que corresponde a la parte más típicamente humana, el alma intelectual o racional. Como en el alma intelectual encontramos el entendimiento o intelecto y la voluntad, y llamamos virtud a la perfección de una disposición natural, la felicidad más humana es la que corresponde a la vida teórica o de conocimiento. Finalmente y desde un punto de vista más realista, Aristóteles también acepta que para ser feliz es necesaria una cantidad moderada de bienes exteriores y efectos humanos.

Para Platón, la felicidad es posible cuando el hombre puede contemplar las esencias de las cosas como, por ejemplo, las ideas de Dios. Se refiere a ver con el intelecto o la razón, más allá de la ilusión que ofrecen los sentidos. Platón admite que no se puede ser feliz sin ver la obra de Dios en el mundo, que se manifiesta como modelo para la felicidad humana. Para que el hombre pueda alcanzar la felicidad, es necesario que se identifique con Dios practicando la virtud. Este filósofo plantea que, para alcanzar la felicidad, hay que parecerse lo más posible a Dios y que a ellos se accede por medio de la sabiduría. La pregunta es si, según Platón, una persona privada de esa sabiduría puede llegar a ser feliz.

Boecio dice que la felicidad es algo compuesto y la define como "el estado en el cual todos los bienes se hallan juntos". La felicidad no tendría sentido sin los bienes que hacen felices a las personas. Y así llega a varias clases de felicidad: puede hablarse de una "felicidad bestial" (que, propiamente, no es felicidad sino, a lo sumo, "felicidad aparente"), de una "felicidad eterna" (que

es la de la vida contemplativa), de una “felicidad final” o “última”, que sería lo que se conoce como “beatitud”.

San Agustín habló de la felicidad como fin de la sabiduría. La felicidad es la posesión de lo verdadero absoluto y, en último término, la posesión de Dios, y aclara que todas las demás “felicidades” se hallan subordinadas a aquélla. Lo mismo San Buenaventura, para quien la felicidad es el punto final y la consumación del itinerario que lleva el alma a Dios. La felicidad no es entonces ni voluptuosidad ni poder, sino conocimiento, amor y posesión a Dios.

Aunque los autores modernos hayan tratado de la felicidad en forma distinta que los filósofos antiguos, hay algo de común en todos ellos: el que la felicidad no es presentada nunca como un bien en sí mismo, ya que, para saber lo que es felicidad, hay que conocer el bien o bienes que la producen. Incluso quienes hacen radicar la felicidad en un estado de ánimo independiente de los posibles “bienes” o “males” supuestamente externos, llegan a la conclusión de que no puede definirse la felicidad si no se define un cierto bien (por subjetivo que ésta sea). Kant destacó muy claramente este punto al manifestar en la *Crítica* de la razón práctica que la felicidad es “el nombre de las razones subjetivas de la determinación” y, por tanto, no es reducible a ninguna razón particular. La felicidad es un concepto que pertenece al entendimiento; no es el fin de ningún impulso, sino lo que acompaña toda satisfacción.

Dentro de la psicología, en los últimos años, aparecieron- como cada tanto aparecen- determinadas corrientes la llamada Psicología Positiva. Esta rama busca comprender, a través de la investigación científica, los procesos que subyacen a las cualidades y emociones positivas del ser humano. El objetivo es alcanzar una mejor calidad de vida y bienestar.

Uno de los referentes de la llamada Psicología de la Felicidad es Abraham Maslow a través de su libro *El hombre autorrealizado*. En esta obra de 1962, critica fuertemente a la psicología contemporánea: “La obra de Freud consistió en establecer la parte enferma de la psicología. Ahora debemos complementarla con la psicología de la salud. Freud no incluyó las aspiraciones, esperanzas realizadas y cualidades divinas del hombre. Los psicólogos no podemos continuar lavándonos las manos frente a todas las cosas”.

Maslow critica al psicoanálisis y al conductismo diciendo que ambas disciplinas han realizado sus investigaciones sobre personas con trastornos de personalidad, y se jacta en ser el primero en estudiar los parámetros de conductas de personas sanas. El pensamiento del autor es un pensamiento existencialista, es decir, intenta describir los procesos psicológicos de las personas que luchan por reducir la brecha entre las aspiraciones y las limitaciones.

Para Maslow, el ser humano necesita crecer a través de la autonomía, creatividad, espontaneidad, emotividad, tolerancia, solidaridad, sinceridad. El hombre feliz es aquel que tiene cubierta las necesidades básicas: se acepta a sí mismo (no hay sentimientos de vergüenza o culpabilidad); tiene una percepción clara y eficiente de la realidad; está abierto a nuevas experiencias; es espontáneo y expresivo; ama la soledad; tiene una gran capacidad creativa; sus relaciones interpersonales son buenas; tiene una gran capacidad amorosa; acepta cambiar la

escala social de valores; es de talante democrático; tiene un buen sentido del humor y no es agresivo; es autónomo e independiente. Levante la mano quien con todas estas “necesidades básicas” no se sentiría feliz. Quizá el error es pensar la felicidad como cantidad y no como calidad. Se cree ilusoriamente que cuando más acumulados, más nos realizamos como personas. Sucede que el deseo no entiende de satisfacciones y, siempre, todo es poco. La cualidad de ser feliz se impone a la cantidad de requisitos que deben reunirse para llegar a serlo.

Según Maslow, sólo se es feliz cuando el sujeto no cae en la valoración ni en la comparación y puede percibir el todo sin perjuicio. A diferencia de la filosofía y la psicología occidentales, que afirman que las necesidades humanas determinan la percepción, el modelo de Maslow pregonaba que una persona se autorrealiza cuando trasciende la subjetividad para abrirse realmente a la experiencia.

Este tipo de percepciones a menudo producen una desorientación en el tiempo y el espacio: ya que cuando alguien hace algo que realmente le gusta se pierde en el tiempo, el reloj se detiene y el mundo se pierde de vista.

Dice el autor que la creatividad es también una vía de acceso a la felicidad y que circula por dos carriles: el externo y el interno. El externo se refiere a los beneficios materiales o a alcanzar un buen estatus o provocar la admiración de los demás; el interno está dado por la satisfacción misma que genera el acto creativo, el aumento de la autoestima o la preocupación constante que provoca la creación.

Muchas veces el éxito está orientado hacia los primeros, aunque el segundo motivo sea muchas veces una añadidura. Algunos miden el éxito por la obtención de un bien material, entonces, a mayor bienestar material más grande el éxito. Sin embargo, el éxito no siempre tiene que ver con la posesión, ya que la posesión esclaviza al hombre a “seguir teniendo”, posesión que deriva en el viejo juego de palabras de “consumido por el consumo”. Disfruta el éxito quien soporta el desapego, quien no tiene miedo de ser desposeído y quien puede volver a empezar con la misma ilusión de allá y entonces.

La persona feliz es la que se autorrealiza y quien no experimente esa sensación no accede a la felicidad ya que, para Maslow, que se accede a ella a través de la creatividad y aclara que, cuando se refiere a la creatividad, no se refiere a la del talento innato sino a la que deriva de la propia personalidad que está ligada a la libertad, la inocencia, la expresividad y la felicidad.

El autor presenta tres clases de creatividad: la primaria, la secundaria y la integrada. La primera es común a todas las personas que se autorrealizan y todos los seres humanos la experimentan alguna vez en la vida: la segunda corresponde a las obras de los científicos y artistas; mientras que la tercera es la síntesis perfecta de las dos anteriores y se ejemplifica con la genialidad literaria o científica.

Éxito, Comunicación y Felicidad.

He sospechado alguna vez que la única cosa sin misterio es la felicidad, porque se justifica por sí sola.

Jorge Luis Borges

La felicidad es una vivencia de alter que no puede ser vivenciada por ego.

Aldo Mascareño.

Es difícil metaforizar la felicidad. Se construye en cada quien y puede acompañarse, pero no entenderse. Nadie como uno mismo para describir su propio concepto de felicidad y no hay palabra que abarque la intertextualidad del concepto. Hablar de la felicidad es hablar de lo incomunicable y, al ser una contricción subjetiva, se convierte, por lo tanto, en autorreferente imposible de generalizar. No hay un colectivo de personas felices, sólo gente que oscila entre la gracia y la desgracia.

Sucede, en general, que sólo hay comunicación cuando hay comprensión de lo que se quiere comunicar. ¿Cómo comprender el estado de felicidad sin haber transitado por territorios de ese estado? Luckmann dice que no hay un mundo privado en el otro ni un mundo privado en el sí mismo, dice que hay un “mundo de la experiencia común” y eso es cuando alter y ego coinciden en la comprensión. La intersubjetividad se alimenta de un “nosotros”. Si bien la felicidad puede manifestarse a través de una acción, es sobre todo una vivencia, por eso es casi intransmisible. Los medios de comunicación como portavoces del éxito tienden a unir la vivencia con la acción y mostrar que la felicidad es posible si se cumplen determinadas condiciones, cuando en realidad el éxito es una suma de condimentos y no un conglomerado de condiciones. Sin embargo, debemos reconocer que todos tenemos la ilusión de un Aleph debajo de la cama.

Éxito, Dinero y Felicidad

Quien piensa el éxito distraídamente no puede despegarlo de concepto de dinero que, a diferencia de otras cuestiones de la vida, necesita ser concreto y real. El dinero mide el valor, de una mercancía que necesita transformarse en dinero y gracias a cuya existencia el productor sabe que el fruto de su trabajo tiene un determinado valor. Entonces, cuando el dinero aparece real y concreto como medio de circulación, aparece el llamado metabolismo social que es el intercambio. Si el dinero no funcionara como medio de circulación, la mercancía no podría realizar lo que le es propio: cambiarse. Se entiende por dinero cualquier cosa que la que los miembros de una comunidad convengan en aceptar como pago de bienes y deudas, intercambio que va mutando conforme al avance de las desopilantes investigaciones financieras.

Históricamente, el dinero debe reunir determinadas condiciones para ser valorado como tal. Tiene que ser *duradero* ya que la gente aceptará como dinero algo que se deteriore en poco tiempo; *transportable* porque, si la gente ha de transportar un valor elevado respecto a su peso, de manera que se pueda transportar con facilidad; *divisible*, es decir, el bien elegido debe poderse subdividir en pequeñas partes con facilidad sin pérdida de valor, de forma que se pueda realizar

pagos pequeños; *homogéneo*, propiedad que implica que cualquier unidad del bien en cuestión debe ser exactamente igual a las demás, ya que, de lo contrario, los intercambios serían muy difíciles y por último de oferta *limitada* porque cualquier mercancía que no tenga una oferta limitada no tendrá un valor económico.

La relación entre éxito y dinero es muy estrecha, ya que, para la gran mayoría de las personas, quien tiene éxito necesariamente “debe” tener dinero. Es más, las veces que se advierte que una persona exitosa tiene un buen caudal económico, su éxito queda devaluado. En todo caso, el dinero debería ser una consecuencia del éxito y no su objetivo directo. Ser exitoso es, en general, tener dinero; sin embargo, la mayoría de la gente que tiene dinero no es exitosa, tal vez hayan alcanzado sus máximos objetivos personales, pero no siempre eso, los convierte en exitosos.

El concepto de felicidad históricamente está relacionando con el dinero ya que algunos mantienen la ilusión que el dinero construye la felicidad y otros, por el contrario suponen que la destruye. En una entrevista a la multimillonaria Barbara Hutton, un periodista se dirigió a ella comenzando con la típica frase hecha: “Aunque sabemos que el dinero no da la felicidad, díganos, por favor...”. La entrevistada no le dejó terminar: “Oiga, joven, ¿pero quién le ha dicho a usted semejante tontería?”

Todos alguna vez transitan la fantasía de que con dinero todo es más fácil y aquí se vuelve a la vieja dicotomía entre el ser y el tener: “Si tuviera tal cosa, sería tal otra”. En general la persona que se siente feliz, también lo es antes los ojos de los demás y no necesariamente son personas que tienen un holgado pasar económico, ya que tener demasiado dinero provoca un stress tal que muchas veces impide disfrutar de los placeres cotidianos, pero la mayoría de las personas que se reconocen felices tiene sus necesidades básicas (sean cuales fueran) cubiertas.

La felicidad está distribuida de un modo bastante homogéneo en casi todas las edades, niveles de ingreso económicos o de estudios académicos, y no se ve afectada de modo significativo por la raza o el sexo. La persona feliz es cordial y optimista, tiene un elevado control sobre ella misma, posee un profundo sentido ético y goza de una lata autoestima. Está comprobando que el llamado nuevo rico, luego de un tiempo, difícilmente sea más feliz que antes ya que eso implica una posición subjetiva en relación al concepto de felicidad que es anterior a la nueva situación económica. Las personas suelen adaptarse al nivel económico que tienen y desde ahí parte la idea de felicidad que cada uno considera, sin desestimar que una mejora de nivel económico suele repercutir en el sentimiento de felicidad aunque esa impresión suele durar muy poco.

No es el dinero la llave de la felicidad, ya que de nada sirve una abultada cuenta bancaria si la persona no tiene la suficiente madurez emocional para sentirse feliz. Tener un gran talento, muy buena salud o gran atractivo físico, tampoco puede considerarse el eje de la felicidad: indudablemente pueden favorecerla y crear un clima propicio para sentirse feliz, pero no siempre es así. Hay tantos patrones de felicidad como sujetos hay sobre el universo; por lo tanto, la felicidad es algo que se construye desde adentro hacia afuera y a no al revés